

MANUEL JOSÉ OTHÓN. *Epistolario*. Recopilación, transcripción, introducción y notas de Rafael Montejano y Aguiñaga. *Ida y Regreso al siglo XIX*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1999.

ANA LAURA ZAVALA

Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM

EN LA NOTA introductoria a la reciente colección de cartas de Juan Rulfo, Alberto Vital sugiere que si bien los documentos biográficos de un autor no deben de ser la coordenada principal de un trabajo crítico sobre su obra, éstos aportan importantes datos para la reconstrucción del contexto sociocultural y personal del escritor, lo que puede contribuir a complementar el análisis de un texto (12). Éste es el caso del *Epistolario* de Manuel José Othón, publicado en la colección *Ida y Regreso al siglo XIX*, en donde no sólo se nos revela el hombre de letras comprometido con su pluma, sino también el crítico literario, el amante, el esposo y el amigo.

Dicha recopilación epistolar es el producto de una larga y exhaustiva labor de rescate bibliohemerográfico de Rafael Montejano y Aguiñaga, quien en 1951, en un artículo en la revista *Estilo*, publicó fragmentos del material y anunció que formaría parte del sexto y último volumen de las *Obras* de Othón (81); empero, en un trabajo posterior, *Lo que escribió Manuel José Othón. Bibliografía esencial* (15), el *Epistolario* apareció en el rubro de obras inéditas del escritor potosino; esto nos hace pensar que sólo hasta ahora los lectores tendrán la oportunidad de disfrutar la edición completa de esta correspondencia.

Compuesto por 174 cartas y tres telegramas, el libro se divide en dos grandes secciones: una, "Cartas a la esposa", consta de 111 misivas; mientras que la otra, "Cartas a los amigos", contiene sólo 63. Cronológicamente, la colección abarca un gran período de la vida del autor, desde 1877 cuando dirige sus primeras proposiciones amorosas a Josefa Jiménez

nez, hasta 1906, poco antes de su fallecimiento. Por desgracia, existen varias lagunas en la correspondencia, por ejemplo, el lapso que comprende de septiembre de 1904 a febrero de 1905; esto se debe en parte, como lo subraya Montejano, a que, por voluntad de su viuda, se quemaron muchas de las cartas del poeta; algunas más, escritas a los amigos, también se perdieron o no se sabe de su existencia. Tal vez cuando se descubran otros epistolarios de la época, contaremos con nuevos materiales.

En el extenso apartado de "Cartas a la esposa" se distinguen con claridad tres etapas en la relación de Manuel José Othón con Josefa Jiménez. Una primera en la que el escritor sufre por no alcanzar el amor de la mujer deseada, a la que se dirige suplicante; en estas ocho cartas, el enamorado intenta que le correspondan y esboza, tal vez bajo la influencia de Bécquer, la imposibilidad de trasladar fielmente al papel sus emociones (mis. 2). Mucho más interesante, la segunda etapa inicia cuando se establece ya una relación de noviazgo entre ellos; a través de estas cincuenta epístolas vemos cómo Josefa se transforma del objeto amoroso inaprehensible, en un interlocutor con el que Othón comparte sus impresiones sobre el medio cultural potosino, sus creaciones poéticas (mis. 29) y sus primeras experiencias como dramaturgo (mis. 20 y 21). Aunque no se explaya en estos temas, las cartas contribuyen a establecer con mayor exactitud una cronología de su quehacer literario, sobre todo en los casos de aquellas obras que no se conservan o nunca se publicaron.

La tercera etapa comienza en 1883, después de que la pareja contrajo matrimonio. En estas cincuenta y tres misivas, la cuestión amorosa pasó a un segundo plano, y el factor económico se convirtió en el centro de las preocupaciones de Othón, quien inició su peregrinar pueblerino en busca de un "acomodo" que le permitiera mantener su hogar. Largos lapsos se mantuvieron separados los esposos, por lo cual el intercambio epistolar suplió al contacto cotidiano, se transformó en el lazo que sostenía la unión conyugal; bajo estas condiciones, el contenido de las cartas resulta bastante heterogéneo, oscila entre los asuntos meramente familiares y las correrías laborales e intelectuales del autor potosino. Sin duda, este segundo aspecto aporta muchos más datos sobre su biografía litera-

ria y su momento histórico, como lo muestran, por ejemplo, las cartas número 61 que más bien parece una crónica costumbrista de Ciudad Victoria (81-84), o la 62 y la 63, donde trazó un mapa cultural de la ciudad de México en 1892 (84-91).

En la lectura de este período epistolar resaltan dos factores fundamentales que contribuyeron al desarrollo literario de Othón: el reconocimiento de sus contemporáneos y su ingreso indiscutible a la República de las Letras; y, mucho más significativo, el elemento económico que no sólo lo obligó a desplazarse de un lugar a otro, sino también, en ocasiones, a privilegiar ciertos temas y a escribir por encargo, como lo manifestó a su esposa en la epístola 91:

Se me dijo desde luego que se necesitaba el drama inmediatamente. Púseme a escribirlo, y con más o menos dificultades acabé el primer acto (sabes que tiene dos). Este acto me salió a toda mi satisfacción, por eso mismo me ha infundido un miedo horrible y una atroz desconfianza al segundo, pues de esa obra, como debes suponer, depende todo nuestro porvenir y nuestro bienestar [...] (127).

A la luz de estas declaraciones se tendría que revisar parte de la obra del escritor potosino, pues si bien resulta cierto que lo biográfico no debe ser el eje principal del análisis de un texto, también lo es que el estudio de las condiciones bajo las cuales se creó, aportará ciertas claves para su lectura.

En este sentido, la segunda parte del epistolario, "Cartas a los amigos", complementa la primera; en las sesenta y tres misivas que lo conforman, casi todas dirigidas a Juan B. Delgado, no desaparecen las preocupaciones económicas, pero el ejercicio epistolar con otros escritores obliga al poeta a reflexionar sobre asuntos literarios; lo anterior contribuye a que el contenido de la correspondencia gire alrededor de unos cuantos temas, casi todos vinculados con la obra de Othón y con el medio intelectual de la época, en especial con el modernismo.

En estas cartas, el autor no sólo escribió sobre el origen de algunos de sus poemas más reconocidos, como el "Himno de los bosques" (mis. 5

178-179), o sobre la corrección final y el tortuoso proceso editorial de sus *Poemas rústicos*, como lo muestran varias de las epístolas a Delgado, sino que también discurrió sobre sus búsquedas estilísticas, sobre todo, en el “género descriptivo” que, según sus propias palabras, “es el género al que más me dedico, por ser el que va más de acuerdo con mi modo de ser” (mis. 9 182-184). Así, en este intercambio con los amigos, el hombre preocupado por sus condiciones económicas cede, y aparece, entonces, el poeta meticuloso que trabaja con las palabras, con su sonoridad y significado, que critica las composiciones de los otros de acuerdo con su idea de la literatura, cercana a la de Manuel Gutiérrez Nájera, la cual sintetizó en un dibujo que pidió se colocara en la carátula de sus *Poemas rústicos* y en la de todas sus creaciones posteriores:

Es simbólico y le diré lo que quise representar, aunque no lo haya logrado: es un triángulo equilátero, en cada uno de cuyos lados —el ángulo queda para abajo— están escritas las palabras latinas: lo *Verdadero*; lo *Bello*; lo *Bueno*. En el centro una cruz de brazos iguales, sobre un sol que flamea —eso negro que usted ve, son rayos luminosos—: lo cual representa a Jesucristo, el Verbo Eterno de Dios, que es el foco de todo Arte, de toda Ciencia, de todo lo que hay inteligente en el hombre. Es, en fin, mi lema, para todo lo que yo he escrito y escriba (mis. 24, 211).

Bajo esta misma perspectiva, el autor potosino analizó la obra de los modernistas, a quienes consideró “vates histéricos de morbosas inspiraciones” (mis. 9 183, 189), “que no conocen absolutamente la lengua en la que escriben ¡y pretenden transformarla y la declaran insuficiente para expresar nuevas ideas y nuevas sensaciones” (mis. 22 207-208). En varios pasajes de sus misivas, Othón arremetió sarcástica y despectivamente contra estos escritores, que se encontraban en el centro de la discusión literaria desde 1892, cuando José Juan Tablada se pronunció como un miembro de la escuela decadentista, lo que suscitó enseguida varias respuestas de otros literatos. Su claro antagonismo con los modernistas contribuyó a que el autor potosino escribiera sobre sus posturas estéticas, sobre su concepción del arte literario, que focalizó en la cuestión del

uso del lenguaje; concebido este último como un medio para producir y comunicar la belleza. En este sentido, Othón consideraba que los decadentistas buscaban la renovación de la lengua sin un fin claro, sin reglas bien establecidas, sólo para dar voz a un temperamento extravagante y obscuro (mis. 14 193); mientras que él, “como todos los que escriben y pretenden producir la belleza por medio de la palabra, tienen obligación de expresarse correctamente en el idioma en que escriben [...]. Todo, por más complejo que sea, cabe en el inmenso molde de la lengua castellana [...]”; en consecuencia, los cambios lingüísticos, según el poeta, sólo se gestarían en el seno de este molde, como producto de su uso y evolución (mis. 27 214). Incluso, cualquier transgresión de las reglas del idioma, tendría que sustentarse en un gran conocimiento y manejo de éstas, como lo señaló a propósito de la obra de Díaz Mirón (mis. 22 207).

Sin embargo, y a pesar de sus juicios negativos, Othón estableció una relación bastante ambigua y cercana no sólo con los modernistas, con los que compartió las páginas de *El Mundo Ilustrado*, donde éstos colaboraban asiduamente, y las de la *Revista Moderna*, órgano editorial por excelencia de este movimiento literario, sino que también, buscó el contacto con literatos como Darío, Gómez Carrillo, Santos Chocano, a quienes remitió casi enseguida la primera edición de sus *Poemas rústicos*. Tal vez esto se debió a que en el fondo coincidió con ellos en algunas cuestiones estéticas, en especial en su visión aristocrática del arte; tal vez, su presencia en estas publicaciones sólo se debió, nuevamente, a razones económicas.

En cuanto a la edición de esta correspondencia, considero que se deben resaltar varios aspectos. Por un lado el acierto de incluir y retomar todas las recopilaciones anteriores, sobre todo el *Epistolario* que elaboró Jesús Zavala en 1946, y con ellas enriquecer la extensa y valiosa colección de documentos, casi todos inéditos, que se encontraron entre los papeles del escritor potosino; por otro, la gran utilidad del conjunto de índices (de destinatarios, de cartas y onomástico) que facilitan la consulta y el análisis del material.

Como último punto, se debe subrayar la labor de anotación de estas 174 epístolas, y destacar que en esta cuestión supera con mucho las edicio-

nes anteriores, pues, por ejemplo, el trabajo de Zavala antes citado sólo incluye cinco notas. Precisamente por la importancia de este *Epistolario* y de la colección que lo publica, resulta pertinente señalar algunas cuestiones alrededor de este asunto. El objetivo, nada sencillo, de anotar un texto es proporcionar información complementaria al lector, que le ayudará a comprender o analizar con mayor profundidad una determinada obra o documento; en este sentido, consideramos que, en general, la edición de este *Epistolario* cumple con esa tarea; aunque nos encontramos con que en ocasiones aparecen incompletas las referencias bibliográficas utilizadas en las notas, en algunas falta el número de las páginas o no se consigna la editorial; de igual modo, en dos casos específicos, las referencias cruzadas entre las notas de un apartado y otro están equivocadas (notas 43 y 105 de "Cartas a los amigos"). Asimismo, hubiera sido importante que el lector conociera más aún los criterios que rigieron la anotación del material, pues en algunas referencias, sobre todo cuando se trata de un personaje histórico, la información que se resume es un tanto desigual, en otras sólo se consigna el nombre completo del personaje sin ningún otro detalle (nota 35 267) o lo que se refiere no aclara del todo lo que se comenta en la epístola (nota 45 267).

En esta misma directriz, la inclusión de una cronología o de un apunte biográfico sobre Manuel José Othón hubieran contribuido a esclarecer algunos pasajes de las cartas y de los señalamientos que sobre ellos se hacen en las notas, y que quedan un tanto oscuros para los lectores poco familiarizados con la vida del escritor potosino. Por último, subrayamos la ausencia de los índices de *Cuentos y novelas cortas* y de *Poemas internos* que Othón menciona en la carta número 47, de marzo 12 de 1903 (237) y que se comenta en la nota 87 del segundo apartado (269), pero que no se incluyó en el libro.

Finalmente, muchas más incógnitas surgirán después de la lectura de este *Epistolario*, que por fortuna trascienden el asunto amoroso, y permiten contemplar varias facetas de la obra y la vida de este escritor. Así también, Montejano asegura que el de Manuel José Othón es uno de los pocos "*Epistolarios* mexicanos que tenemos de aquella generación y de

aquella época" (9), uno de los pocos testimonios íntimos donde se refleja el México de finales del siglo XIX; de ahí la enorme importancia de publicar este tipo de trabajos de rescate, recopilación y edición de materiales, los cuales aportan elementos para el estudio de la literatura mexicana finisecular que, seguramente como en este caso, propiciarán nuevas lecturas y diversos acercamientos críticos a la obra del poeta potosino.

BIBLIOHEMEROGRAFÍA CITADA

- MONTEJANO Aguiñaga, Rafael. "De las cartas de Othón a su esposa". *Estilo* 18 (abril-junio 1951): 79-95.
- *Lo que escribió Manuel José Othón. Bibliografía esencial*. San Luis Potosí: Universidad Autónoma de San Luis Potosí, 1959.
- OTHÓN, José Manuel. *Epistolario*. Glosas, esquema, índices y notas de Jesús Zavala. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1946.
- VITAL, Alberto. "Introducción". En Juan Rulfo. *Aire de las colinas. Cartas a Clara*. México: Areté, 2000. 7-18.